



*La Dama
de Blackmoore*

Primera parte



Eleonora Crane

Histórica

Contenido

[Portadilla](#)

[Información](#)

[Primera parte](#)

[Una apuesta entre caballeros](#)

[El regreso del aventurero](#)

[La seducción de lady Margueritte](#)

[Continuará...](#)

La dama de Blackmoore

Eleonora Crane

SweetyStories

©Eleonora Crane 2017

© para esta edición DirtyBooks Sweetystories
<http://sophiewestautora.wix.com/sweetystories>

Diseño editorial DirtyBooks
<http://sophiewestautora.wix.com/dirtybooks>

Primera edición noviembre 2017

Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibida la difusión. Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

PRIMERA PARTE

Una apuesta entre caballeros

Londres, primavera de 1821.

Salones de la duquesa de Arlington.

—Este año hay una buena manada de palomitas.

—Las palomas van en bandadas, no en manadas, Thomas.

—Bah, qué más da. Lo que importa es que una de ellas caerá en mi cazuela.

Thomas Mengold, tercer hijo del duque de Arlington, sonrió con suficiencia. Era un muchacho guapo, delgado, de rostro tan angelical que parecía casi femenino. A sus veintidós años, ese rostro engañoso había provocado más de un desmayo. Las damas, casadas y solteras, suspiraban por él sin saber que detrás de esa máscara se escondía un corazón negro, egoísta y malévol.

—Eres idiota, Thomas. Un día te meterás en un lío del que ni tu padre podrá sacarte.

Thomas miró a su amigo Robert y le dirigió una sonrisa torcida. Su Excelencia el duque era capaz de sacarlo de cualquier problema. Ya lo había hecho antes, y volvería a hacerlo. El honor de su apellido lo obligaba a eso y a mucho más, como a esconder todas las barbaridades que provocaba. En dos años se había visto implicado en cinco duelos, uno de los cuales resultó mortal. El marido cornudo murió entre estertores, pero él salió limpio. Su padre se encargó de sobornar o silenciar bajo amenazas a todos los testigos. Al final, el juez dictaminó que la muerte había sido «accidental». Iba muy bien que el anterior Regente y actual Rey, el petimetre de Jorge IV, le debiera al duque una gran suma de dinero que nunca era reclamada, pero sí cobrada con favores.

—Esta conversación me aburre mucho —comentó con afectación—. Hagamos una apuesta, Robert. Una apuesta que me implique a mí, a una de estas deliciosas palomitas, y una seducción completa.

—Estas «palomitas» son damas, Tom. Mujeres decentes.

—Todas las mujeres tienen a una puta en su interior, Robert. ¿Todavía no lo has descubierto? —Se echó a reír sin dejar de observar el flujo constante de debutantes por el salón de baile—. Cualquiera de esas muchachas que a ti te parecen tan decentes y virtuosas, se abrirían de piernas sin dudar si el

premio a conseguir fuese una boda conmigo.

—Eres despreciable. No sé por qué sigo considerándome tu amigo.

—Quítate la máscara de una vez. Detrás de esa fachada de mojigatería, hay un hombre tan despreciable como yo. ¿O acaso vas a negarlo? ¿Tengo que recordarte lo ocurrido con tu prometida?

Robert cerró la boca con fuerza. Thomas tenía razón. Su actual prometida se las había ingeniado para que los sorprendieran en una posición un tanto incómoda, con sus faldas levantadas y en actitud sumamente cariñosa. Evidentemente, él no tenía intención de casarse, solo quería divertirse un rato y si a la dama no le habían hablado de los peligros de ir hasta una habitación solitaria con un hombre, no era su problema. Pero la dama había resultado ser más inteligente de lo que esperaba, y su hermano había irrumpido allí, a media faena, con el consiguiente escándalo que iba a llevarlo a él ante el altar.

—Pues eso precisamente debería hacerte olvidar esta locura. Si te atrapan con una de estas damitas en una habitación a solas, te verás obligado a casarte.

—Si me atrapan con una de estas damitas a solas, será mejor que su hermano sea muy hábil con la espada o la pistola, porque la reputación de una mujer me trae sin cuidado. A mí no me obligarán a casarme como a otros pardillos. Pero dejemos este tema, me aburre. Háblame de las debutantes de este año, seguro que tú las conoces a todas, como siempre.

Robert procedió a hablar de cada una de ellas, de sus familias, sus fortunas, sus virtudes y sus defectos. Thomas escuchó atentamente las explicaciones. Los ojos le brillaban cuando localizaba a cada una de ellas y las repasaba de arriba abajo con ojos apreciativos.

—Esa es demasiado fea, no supondrá ningún reto. Esa otra, demasiado alta, me da grima. Aquella camina como si se hubiera acostado ya con todos los mozos de cuadra de su padre. Esa tiene cara de viciosa, será demasiado fácil.

Ponía pegas a todas las muchachas que veía, hasta que vio a una en especial, hermosa como ninguna, tímida y recatada. Un corderito miedoso que lo miraba todo con los ojos muy abiertos y curiosos.

—¿Quién es esa?

—La hermana pequeña de Pemberton, lady Margueritte Atwood. Se ha criado en el campo y es su primera visita a Londres.

—¿Hermana de Pemberton y pueblerina? Será perfecta. Además, es muy

hermosa, ¿no crees?

—Dicen que su hermano la ha sobreprotegido tanto que parece todavía una niña. No creo que te guste.

—Al contrario, amigo mío. Será un placer convertirla en mujer. Además, siendo hermana de Pemberton no habrá problemas de duelos y mi padre estará satisfecho.

—No tienes conciencia, ¿verdad?

—Ninguna en absoluto. —Sonrió con vileza y se relamió los labios, pensando en los jugosos momentos que podría pasar con ella—. Asegúrate que conozca bien mis antecedentes —bromeó con sarcasmo. Sabía que su amigo no lo haría—. Así será más divertido. Pero que sea después de que la haya invitado a bailar.

—Ni siquiera os han presentado.

—¿Y cuándo eso ha supuesto un problema para mí? Cien guineas a que la tengo comiendo de mi mano en menos de una semana. Y antes de quince días, me habré metido en su cama.

—Es una apuesta perdida por mi parte, maldita sea. No quiero apostar.

—Hagámoslo entonces más divertido. Las cien guineas se las lleva el primero que consiga robarle un beso. ¿Qué te parece?

—Robar un beso es demasiado fácil. No, pongámoslo más difícil. Tendrás las cien guineas si consigues llevártela a casa de Madame Guinart y copular con ella allí. Por supuesto, para asegurarme de que no mientes, yo tendré que estar presente cuando lo hagas.

—¿Y soy yo el pervertido?

Thomas se apartó de Robert y caminó con decisión en dirección a la inocente palomita que se había convertido en su objetivo. Era hermosa. El pelo castaño, recogido con dulzura en una redecilla adornada con pequeños brillantes, lanzaba destellos dorados. Tenía la nariz pequeña y respingona, dándole un aire un tanto travieso. Tenía los ojos claros y puros, y lo miraba todo con contenida admiración. Una belleza inocente a la que le divertiría mucho pervertir.

A medio camino lo pensó mejor. Entrar descaradamente a una dama casada estaba bien. Estas no se escandalizaban. Pero esta muchacha sería diferente. Debía hacer las cosas bien desde el principio si quería lograr que confiara en él con rapidez y, ¿qué mejor manera de empezar que ser presentado por la misma anfitriona, la duquesa de Arlington?

—Madre, ¿serías tan amable de presentarme a lady Atwood?

Su madre, la duquesa, giró el rostro para mirarlo de hito en hito. No arrugó el entrecejo porque eso no era propio de una dama, pero ganas no le faltaron.

—¿Qué maldad estás planeando hacerle, hijo mío? Es una dama de buena familia, pero no lo suficiente como para que las circunstancias te obliguen a casarte con ella.

—No estoy pensando en el matrimonio, madre, ya lo sabes. Solo quiero bailar con ella, nada más. Te prometo que no tengo ninguna intención escondida.

Sonrió con inocencia para convencerla. Su madre sabía que era un truhán, pero se lo disculpaba todo. Era el hijo pequeño, el más mimado y consentido porque llegó después de la temprana muerte de su predecesor, el que hubiera sido el tercer hermano de no haber fallecido. Rota por el dolor y con dos hermanos ya demasiado mayores para aceptar de buen grado las atenciones de su madre, esta se volcó en él en cuerpo y alma, dándole todo lo que deseaba, consintiendo todas sus rabiets y no permitiendo que nadie lo regañara, ni siquiera su padre, hasta que consiguió convertirlo en el ser amoral y displicente que era.

—De acuerdo, pero ten un poco de consideración por mis nervios. No soportaría otro enfrentamiento con tu padre a causa de alguna de tus indiscreciones.

—No habrá ninguna indiscreción, madre. Te lo prometo.

—De acuerdo, te la presentaré, pero no despliegues todos tus encantos ante ella. No soportaría que la pobrecilla se hiciera ilusiones y acabaras rompiéndole el corazón. Eres hijo de un duque y en Europa hay varias princesas que serían unas esposas perfectas para ti.

—Todavía soy muy joven para casarme, madre.

—Lo sé, lo sé. Pero eso no impide que tu padre pueda ir tanteando el terreno aprovechando sus viajes. ¡Ah, querida niña! —exclamó al acercarse a lady Margueritte—. Eres tan bonita como lo era tu difunta madre, cielo.

La aludida enrojeció e hizo una recatada genuflexión.

—Sois muy amable, Su Excelencia.

—¿Cómo está tu hermano el conde? El duque y yo lamentamos tanto su precaria salud. Un muchacho tan vital y lleno de energía... —Negó con la cabeza, apenada—. Debe ser terrible para ti.

—Agradezco mucho su preocupación, Excelencia. El doctor dice que su recuperación será larga y...

—Ay, qué modales los míos, querida —la interrumpió—. Discúlpame, y permíteme que te presente a mi hijo, lord Thomas Mengold. Está deseando bailar contigo.

Margueritte alzó los ojos, que hasta aquel momento los había mantenido fijos en el suelo, y parpadeó, confusa, cuando el hombre más hermoso que había visto nunca se inclinó hacia ella, cogió su mano enguantada, y se la llevó a los labios de manera muy descarada.

—¡Thomas! —susurró la duquesa, escandalizada y divertida a partes iguales—. No seas canalla y compórtate como un caballero. Perdónale, querida.

—Sí, perdonadme, milady. Vuestra belleza ha eclipsado mi sentido común.

Margueritte enrojeció. El rubor cubrió sus mejillas y sonrió con timidez.

—Estáis perdonado, milord.

—Sois muy gentil, pero no he hecho nada para ganarme vuestro perdón. ¿Os apetece dar un paseo hasta el salón de los refrigerios? Una limonada os vendrá muy bien, parecéis acalorada.

—Gracias, milord. Sois muy galante.

Thomas le ofreció su brazo y ella aceptó, colocando tímidamente su mano allí. Lo miró de reojo, confundida todavía por su hermosura. Tenía un rostro afeminado, de rasgos dulces y piel suave. Tenía el pelo rubio ensortijado, con un mechón que le caía sobre la frente y le daba un aire descarado de truhán. Iba vestido impecable, con calzas blancas, un chaleco negro con bordados en azul, y la chaqueta de talle estrecho y cuello alto, con largos faldones, del mismo tono de azul que los bordados. Caminaba con elegancia y soltura, muy seguro de sí mismo, y Margueritte se sintió fascinada por su porte tan masculino y, al mismo tiempo, tan sensible. Estaba acostumbrada a los hombres rudos que trabajaban en la hacienda donde se había criado, a la deferencia distante de los criados, y a la amabilidad servil de todos ellos. Pero nunca había conocido a un hombre como lord Thomas Mengold. Ni siquiera su hermano Charles, antes de caer enfermo, se le parecía lo más mínimo.

El conde de Pemberton, a pesar de ser un aristócrata y todo un caballero, tenía un trato rudo y distante desde siempre. Quizá se debía a los años que los separaban, o a que había tenido que hacerse cargo de ella a la muerte de su padre, el anterior conde, siendo demasiado joven y sin tener ni idea de qué se esperaba de él como tutor de una jovencita de diez años. Comprendía perfectamente que la hubiese dejado en manos de tutores e institutrices para

que la convirtieran en una joven y adorable dama; y le perdonaba que, en siete años, solo hubiese ido a verla durante unas semanas cuando llegaban las Navidades. El resto del año no tenía noticias de él, excepto por los saludos de su parte que le transmitía el administrador de la finca, y que ella estaba segura que se inventaba.

Su hermano no tenía ningún interés en ella, y no se lo reprochaba. ¿Qué hombre quería tener a su cargo a una jovencita? Pero ella necesitaba tanto una familia... por eso se había propuesto encontrar marido durante esta primera temporada. No quería volver a vivir apartada de todo y de todos, sin lazos afectivos. Necesitaba desesperadamente sentirse amada, y ese amor se lo proporcionarían los hijos que tendría con su futuro marido.

«¿Será este?», se preguntó mirando de soslayo a su acompañante. Era guapo, y parecía fuerte y sano. Todo un caballero que la trataría con respeto y cariño, estaba segura.

Sonrió con modestia al coger el vaso de limonada que él le ofreció. Estaba hablando, pero ella no podía oírle porque toda su atención estaba fijada en el movimiento de sus labios, tan carnosos y adorables. ¿Qué se sentiría al ser besada por unos labios así?, se preguntó, y se horrorizó al darse cuenta que un fuego desconocido se había instalado en su bajo vientre, que las rodillas le flaqueaban y que un extraño estremecimiento le recorría el cuerpo.

—Estáis muy callada, lady Margueritte. ¿Os aburre mi cháchara?

—En absoluto, milord —respondió, asustada porque él pudiera ofenderse—. Es todo muy interesante.

Él sonrió pecaminosamente y acercó los labios a su oído para susurrar con voz aterciopelada.

—Sois una pequeña mentirosa, no habéis escuchado ni una palabra. Toda vuestra atención estaba dirigida a mis labios. ¿Os resultan fascinantes?

Margueritte enrojeció. Sintió el rubor subirle por los pechos hasta la raíz del pelo. ¡Qué vergüenza! ¡Y qué escándalo! La había pillado *in fraganti*. ¿Qué podía decir? ¿Cómo podía negarlo si había sido tan evidente?

—El rubor os convierte en una sirena, milady. Sois una auténtica beldad y no me canso de miraros. Resplandecéis como el sol y, como tal, acabaréis cegándome. La belleza del resto de damas presentes palidece en comparación.

—Milord, por favor, yo...

—¡Oh! Suena un vals. ¿Me haríais el gran honor de bailar conmigo, lady

Margueritte?

—Me encantaría, pero no puedo. Todavía no tengo el permiso de las damas de Almacks.

—Bueno, nada podrán decir si no os ven. Vayamos a la terraza.

—Oh, yo... no, no puedo, milord. No puedo. Perdonadme.

Se soltó de su brazo y se apartó de él, totalmente ruborizada. Thomas la vio marchar mientras una sonrisa de satisfacción le cruzaba el rostro. Qué pececillo tan inocente era la damita. Caería en sus redes sin ningún problema. Serían las cien guineas más placenteras y fáciles de ganar de su vida.

—Trabajas rápido —le dijo Robert, acercándose por detrás, observando a la tímida doncella que se alejaba.

—Es fácil cuando se tiene un rostro y una postura como la mía.

—Será mejor que vaya preparando las cien guineas —comentó con un gruñido enfadado.

—Estás muy callada, niña —le comentó lady Stirling aquella noche, ya en el carruaje camino de vuelta a casa.

Lady Stirling era su tía, hermana de su madre, y había aceptado hacerle de carabina durante aquella temporada. Estaba muy agradecida con ella por eso, porque sino, no habría sido posible su presencia allí. Era una mujer regordeta y un tanto despistada, pero muy cariñosa, y en los pocos días que llevaba allí, le había cogido mucho afecto.

—Estoy sobrecogida con tanta maravilla, tía.

—No me extraña. Has vivido tan apartada de la sociedad... —Negó con la cabeza con pesadumbre—. Debería haber hablado con tu hermano para que aceptara que vinieses a vivir con nosotros al morir tu padre, pero...

—Lo sé, tía. No te castigues por ello. He sido muy feliz en Chesire Manor, de verdad.

—Así y todo...

Margueritte le cogió la mano a su tía y se la apretó con calidez, intentando reconfortarla. Sabía por qué lady Stirling no la había mandado llamar en esa época. Estaba embarazada de su último hijo, y fue un embarazo muy peligroso. Pasó meses en cama, y cuando el niño nació, murió a las pocas horas. A consecuencia de eso, su tía cayó en un estado de melancolía constante del que le costó mucho salir. Si es que lo había hecho. Por eso se negaba a permitirle que cargara con una culpa que no le correspondía, y le mentía constantemente diciéndole lo feliz que había sido criándose en la

hacienda de Chesire Manor, y se inventaba historias que le contaba entre risas para que la mujer olvidara sus penas.

Pero no había sido feliz. En manos de una institutriz cruel y despótica, y de unos tutores que creían que enseñarle latín, griego y aritmética a una niña, era una pérdida de tiempo, creció en la más absoluta soledad, echando de menos a la familia que había perdido y a la que nunca había tenido.

«Me hubiera gustado tanto que me permitieras crecer cerca de ti, Charles. Me habría gustado tanto conocerte y que me conocieras».

Era muy duro tener a un hermano como si fuera un extraño, no saber casi nada de él hasta que cayó enfermo en su última visita a Chesire Manor. Ahora era él el que estaba allí, aislado y apartado del resto del mundo, mientras ella estaba en Londres, intentando divertirse en un mundo lleno de fiestas, risas, flores y colores.

Pero a él le faltó tiempo para escribir una carta a lady Stirling, pidiéndole que se hiciera cargo de ella con la intención de presentarla en sociedad durante la siguiente temporada. Así que la había enviado a Londres en pleno invierno, recién terminada la Navidad, en cuanto los caminos volvieron a ser transitables después de la última nevada.

—¿Por qué mi hermano no quiere saber nada de mí?

Creyó que se había hecho la pregunta a sí misma, pero el subconsciente la traicionó y la hizo en voz lo bastante alta como para que, en el cerrado carruaje en el que viajaban, su tía pudiese oírla.

—Oh, cielo. No digas eso —le dijo con mucha pena—. Por supuesto que quiere saber de ti. ¿Por qué piensas lo contrario?

«¿Porque nunca me ha escrito una carta directamente a mí? ¿Porque en todos estos años, las únicas noticias que he tenido de él han sido a través del administrador? ¿Porque solo ha venido a verme una vez al año, y siempre le ha faltado tiempo y excusas para irse de nuevo? ¿Porque nunca me ha dirigido una mirada cariñosa, una caricia, una palabra de aliento?».

—Tienes razón, tía. Es solo que estoy preocupada por él. Me hubiera gustado quedarme a su lado para cuidarlo.

—Claro, claro, niña. —Le dio unas palmaditas en las manos, que Margueritte mantenía puestas recatadamente sobre su regazo—. Pero era el momento de prepararte para tu presentación en sociedad, cariño. Charles hizo bien en enviarte a mí. Tú tampoco podrías haber hecho nada por él. Los sirvientes se encargan de todo.

«Sí que podría haber hecho. Podría sentarme a su lado durante horas para

hacerle compañía y hablar. O leerle. ¿Alguien le leerá? ¿O pasará las horas solo, obligado a permanecer en la cama, encerrado en su habitación? Podría haber sido una oportunidad estupenda para conocernos, pero la ha desechado sin miramientos».

—Por supuesto, tía.

El regreso del aventurero

Londres, primavera de 1820.

Logan Withcombe observaba con atención las maniobras del buque para entrar a puerto. Llevaba más de un año fuera de Londres, trabajando en Italia para el Ministerio de Asuntos Exteriores Británico. La península, dividida en diferentes reinos tras la derrota de Napoleón Bonaparte, subyugada por los imperios británico, austríaco y español, requería una constante vigilancia.

Pero él no estaba allí por esa causa. Su cometido era mucho más peligroso que enfrentarse a políticos ávidos de poder. Para él, Italia había sido el punto de partida para penetrar en la antigua Grecia, ahora bajo el poder del Imperio Otomano, y llevar armas, provisiones y munición a los insurrectos que querían deshacerse del yugo turco.

Había sido un año de viajes constantes, de atravesar el mar Adriático en chalupas que parecían que iban a hacer agua y hundirse en cualquier momento; de dormir sobre el duro suelo, con un calor tumefacto en verano, o un frío aturridor en invierno; de vivir bajo el constante peligro de ser apresado y torturado, e incluso ejecutado. Sucio, apestando a sudor, manchado de barro y vestido con harapos.

Y no cambiaría esa vida por nada del mundo.

Pero ahora regresaba. El ministro quería un informe de primera mano sobre los *Filikí Etería*, la Sociedad de Amigos, el nombre que se daban a sí mismos los independentistas griegos, y cuál era la probabilidad de victoria sobre los otomanos; así que había recibido la orden de dejarlo todo en manos de sus compañeros y volver a Londres.

No le molestaba tener que regresar. Nunca había estado tanto tiempo lejos de su patria, y volver a Londres iba a suponerle poder dormir en una cama caliente, disfrutar de platos exquisitos, y abandonarse al placer en la casa de madame Guinart. Verse obligado a ver a su padre no entraba en la lista de cosas agradables que hacer en Londres, pero supuso que tendría que hacerlo de todas formas. El conde de Blackmoore no estaba nada satisfecho con el rumbo que había tomado su hijo menor, y no dejaba pasar ninguna ocasión para hacérselo saber.

«Aunque poder ver a Trevor, sí será agradable. ¿Se habrá prometido ya?».

Lo dudaba. El hijo mayor y heredero no estaba mucho por la labor. Era

tan alocado y aventurero como él, y aunque sus obligaciones como heredero lo mantenían prisionero en Inglaterra, no dejaba pasar la oportunidad de arriesgarse en estúpidas carreras de caballos. Era su pasión, y la única manera que tenía de liberar la frustración que le suponía saber que su hermano pequeño vivía miles de aventuras mientras él se veía obligado a permanecer a salvo.

Cuando el barco por fin atracó y la tripulación sujetó la pasarela, Logan bajó a su camarote para coger el petate en el que iba su escaso equipaje. No vestía como un caballero, y antes de pisar el suelo del ministerio, debería pasar por la casa de su familia, darse un baño y vestirse adecuadamente como correspondía a su rango.

«Odio sentirme encorsetado con la ropa —pensó con amargura—. Y odio los cuellos altos, las chaquetas estrechas y las camisas delicadas».

No cogió un coche de alquiler que lo llevara hasta la mansión Blackmoore. Prefirió hacer el camino a pie, a pesar de la distancia. El rato que tardó en llegar, lo aprovechó para volver a empaparse de la esencia del bullicioso Londres. Para él, que había vivido el último año de su vida casi como un salvaje, fue una conmoción que sus sentidos se vieran atropellados por los múltiples olores, los ruidos estridentes, y la firmeza del suelo que pisaban sus botas. Poder caminar erguido sin temor a ser descubierto, o pararse a haraganear unos minutos delante de un aparador de una pastelería, era como un regalo inesperado, pequeños placeres que durante un tiempo pensó que eran poco más que un sueño.

Pero aquí estaba, de nuevo en Londres, camino a la mansión que su familia poseía en la ciudad, para convertirse de nuevo en el caballero que era.

Llamó a la puerta con impaciencia. Le había molestado que le ordenaran volver para dar un informe que podría haber dado por escrito, pero ahora que por fin había llegado a la civilización, se moría por darse un baño, quitarse las ropas casi andrajosas y ásperas, y ponerse algo más acorde con su rango, aunque esto lo exasperara por su incomodidad.

«Es como si no me sintiera un ser humano», reflexionó.

Y quizá así era. La casi totalidad del último año había vivido de manera muy diferente a la que estaba acostumbrado por su privilegio de nacimiento, pero se había amoldado con facilidad, olvidando los modales, el lenguaje correcto, y la contención tan típica de los de su clase. Dos semanas al lado de Nyke, y había empezado a maldecir como un carretero, a escupir en el suelo, a limpiarse el sudor con la manga, a golpear con los puños sin mediar

provocación, y a decir obscenidades a las mujeres. Todo para pasar como uno más.

Ahora, debía esforzarse por recodar cómo se esperaba de él que actuase.

La puerta se abrió por fin y asomó la nariz un lacayo al que no conocía.

—Las entregas deben hacerse por la puerta de servicio —le espetó con malos modos.

Logan se irguió cuan alto era, echando los hombros hacia atrás, y lo miró con altivez.

—Si sabes lo que te conviene, irás a buscar ahora mismo al señor Hogan.

—La pose, la entonación, la mirada, todo volvió a él de forma natural, como si nunca las hubiese obligado a desaparecer—. Soy Logan Withcombe, muchacho.

El lacayo mudó de expresión y lo miró de arriba abajo, medio desconfiado, medio acongojado, preguntándose si era posible que ese hombre que tenía ante sí, vestido con ropas vastas y sucias, fuese el hijo de su señor.

Logan entendió el dilema ante el que se encontraba. Si era quien decía, no podía dejarlo esperando en la puerta como si fuese cualquiera; pero, si no era Logan Withcombe y lo dejaba entrar, se metería en un gran lío.

—No lo pienses más —dijo en un tono de voz que intentaba transmitirle su comprensión—: cierra la puerta y corre a buscar al señor Hogan. Yo esperaré aquí fuera.

El lacayo asintió, incapaz de decir nada, toda su altanería desaparecida como por arte de magia. Cerró la puerta y salió a la carrera, tropezando con sus propios pies, para encontrar al mayordomo.

Pocos minutos después, volvió a abrirse. El rostro apreciado y tan familiar del señor Hogan, el mayordomo de la mansión, apareció detrás. Logan sonrió al ver el pelo cano perfectamente peinado, las manos huesudas cubiertas con los guantes protocolarios, la espalda tan recta como si se la hubieran clavado en una tabla; el rostro solemne, que lo miraba atentamente sin reconocerlo.

Hasta que lo hizo.

—¡Señor Withcombe! ¡Qué agradable sorpresa! ¡Qué alegría tenerle por fin en casa! —Se apartó de la puerta para dejarle pasar, al mismo tiempo que empezaba a impartir órdenes al pobre lacayo que había abierto anteriormente, que permanecía en segundo plano, totalmente aliviado por haberse librado de una bronca.

—No abrumes al chico, Hogan —le dijo, dándole una palmada de

camaradería en la espalda. El mayordomo lo miró como si le hubiesen nacido dos cabezas más y Logan se sintió muy fuera de lugar—. Y no le riñas —añadió, llevándose la mano a la espalda—, ha actuado correctamente dadas las circunstancias.

—Sí, sí, claro, señor. ¿Quiere pasar al salón o al estudio, mientras le preparan la habitación y el baño? Y tomar un té.

—Eso sería estupendo, gracias, Hogan.

Le dio el petate que todavía llevaba en la mano. El mayordomo miró aquello sin saber muy bien qué hacer con él.

Logan cruzó el vestíbulo y subió las escaleras para dirigirse al estudio. Siempre había considerado el salón como un reducto femenino, y nunca se había sentido cómodo estando en él a solas. El estudio, en cambio, donde él y su hermano solían reunirse para beber, era otra cosa.

—Ah, Hogan.

—¿Sí, señor?

—¿William está aquí?

—Sí, señor.

—Bien. Dile que volverá a ser mi *valet* durante el tiempo que me quede en Inglaterra.

—Muy bien, señor. ¿Señor?

—¿Sí?

—Bienvenido a casa.

—Gracias.

Un baño caliente en una bañera de porcelana, en una habitación caldeada por un buen fuego. Aquello era lo más cercano al paraíso que Logan podía imaginar. Se relajó dentro del agua, estirando los doloridos músculos, sintiendo cómo absorbían el calor largamente ansiado, desentumeciéndose. Se frotó con ganas para deshacerse de los restos de salitre pegados a su piel, y de la mugre acumulada.

Había subido a bordo del barco de incógnito, haciéndose pasar por un aventurero cualquiera, sin decir a nadie quién era en realidad, porque, en realidad, él no estaba allí. Era como un fantasma viviendo una vida falsa y mintiendo a todo el mundo sobre ella. Su padre le preguntaría sobre sus obligaciones en Italia, y él le mentiría. Igual que a su hermano. No se sentía cómodo con ello, pero no tenía otra opción.

Era una consecuencia de su verdadero trabajo.

En la habitación de al lado, las doncellas se afanaban trabajosamente para prepararle su dormitorio. Tenían que airearla y cambiar las sábanas por otras limpias. Logan dudaba que hubiese algo más que hacer, ya que la mansión Blackmoore siempre estaba impecable, de arriba abajo. Las oía cuchichear, y de vez en cuando, una risilla nerviosa sobresalía. ¿Sobre qué estarían hablando? ¿Sobre él?

Probablemente.

Se relajó en el agua y cerró los ojos, adormeciéndose. El rumor de su dormitorio fue apagándose hasta que oyó la puerta cerrarse con fuerza. William acababa de llegar. Sus modales bruscos eran inconfundibles. Oyó su voz, exigiendo a las doncellas que se dieran prisa porque su señor seguramente estaría cansado y con ganas de dormir un rato. Después, lo oyó moverse por el vestidor adyacente, y se lo imaginó preparando su ropa, cepillando el abrigo y planchando una camisa.

Se sintió extraño. Había pasado un año entero valiéndose por sí mismo, y ahora, esos detalles tan nimios y tan apegados a su clase, hacían que se sintiera raro, como un parásito. Pero durante los más de doce meses que había pasado en Grecia, no había tenido que vestir como un caballero, ni llevar la camisa perfectamente planchada y almidonada, o el pañuelo anudado con una lazada impecable y elegante.

Salió del baño sintiéndose reconfortado y como nuevo. Se secó con energía y cubrió su desnudez con un batín antes de abrir la puerta y entrar en su dormitorio.

—William —llamó.

—¡Señor! —contestó el *valet*, asomando la cabeza por la puerta.

—Calzas y chaqueta negra. Me esperan en el ministerio.

—Sí, señor. ¿El chaleco azul?

—Sí, ese está bien. ¿Se te ha pasado el enfurruñamiento por haberte obligado a quedarte?

William se había sentido desolado, un año atrás, cuando le comunicó que no se lo llevaría con él a Italia. No pudo explicarle que, en la situación que se encontraría realmente, un *valet* sería algo inútil, y que estaría en peligro constantemente. Tuvo que mentir, de nuevo, y zanjar la discusión de una manera un tanto brusca.

—He de pedirle perdón por eso, señor —dijo, contrito—. Me comporté muy inadecuadamente, y le agradezco que me dé una segunda oportunidad.

—Solo espero que no vuelva a repetirse cuando me marche de nuevo.

—¡Oh! ¿Volverá a Italia, señor?

—Probablemente.

—¿Cuándo?

—Todavía no lo sé.

Ya vestido como un caballero, Logan se miró al espejo y le costó reconocerse en el hombre pulcro y bien vestido que veía en el reflejo. Era como si el hombre que había sido durante el último año, hubiese desaparecido.

—¿Sabes si lord Pemberton está en la ciudad? —preguntó. Si tenía ganas de ver a alguien, era a su amigo de la infancia. Si estaba en Londres, le enviaría una nota para cenar juntos en el club.

—¿Señor? ¿Nadie se lo ha dicho? —preguntó, nervioso.

—¿El qué, William?

—Lord Pemberton ha estado muy enfermo, señor, desde las pasadas Navidades. Desde entonces que permanece en Chesire Manor y no se le ha vuelto a ver en Londres.

Logan se obligó a no pensar en su amigo durante la reunión con el Ministro. Habló largo y tendido sobre la situación en Grecia, contestó a todas las preguntas y especuló sobre el futuro. Los griegos estaban decididos a echar a los otomanos de su patria, y no iban a rendirse fácilmente a pesar de todos los contratiempos y de los riesgos.

Cuando terminó la reunión, pidió permiso para permanecer en Inglaterra unos meses más. Su equipo, perfectamente preparado para cumplir las misiones que les encomendaran, podían hacerlo sin su constante presencia.

Estaba preocupado por su amigo, y quería viajar hasta Chesire Manor para ver con sus propios ojos cómo estaba.

Había conocido a Charles Atwood en Eaton, durante la niñez. Ambos tenían la misma edad, y se enfrentaron a los mismos problemas cuando llegaron allí. Se aliaron inmediatamente, quizá porque tenían personalidades parecidas y el mismo sentido del honor. Su amistad continuó después, cuando ambos se trasladaron a Oxford.

Habían vivido buenas juergas en su época universitaria y, aunque después de eso sus vidas fueron por distintos caminos, cuando Charles tuvo que regresar a su casa para hacerse cargo de las responsabilidades del condado tras la repentina muerte de su padre, habían mantenido un contacto constante y una sólida amistad.

«¿Qué diablos te ha pasado, Charles?».

Regresó a su casa dispuesto a partir al amanecer para averiguarlo. Estaba agotado y con ganas de meterse en la cama y dormir. A duras penas tenía hambre. Pero su padre estaba esperándolo cuando llegó.

—Logan —lo saludó cuando entró en el estudio.

—Padre.

Se dieron la mano. Su padre jamás había mostrado ni un ápice de emotividad. No hubo abrazos, ni palmadas en la espalda. Ni siquiera bromas o palabras de bienvenida. Logan solo había disfrutado de cariño y afecto cuando su madre vivía. Después de su muerte, un año antes de ser enviado a Eaton, todo aquello desapareció.

—¿Cómo está la situación en Italia?

—Sabe que no puedo hablar de ello, padre.

—Claro, claro. He oído comentar que has llegado vestido como un pordiosero.

La recriminación estaba ahí, en su tono de voz. Era imperdonable que un hijo suyo fuese visto por la calle de aquella guisa.

—Cumplía órdenes del Ministerio. Además, nadie me reconoció y me vestí adecuadamente antes de ir a ver al ministro.

Lord Blackmoore sirvió dos vasos de whisky y le acercó uno a su hijo, que se había sentado cómodamente en un sillón.

—Deberías abandonar ese trabajo que te mantiene lejos de casa durante demasiados meses seguidos. Ni siquiera entiendo por qué empezaste. Tienes tu finca en Devonshire y una asignación más que generosa. Dudo mucho que el sueldo que te pagan en el ministerio llegue a ser ni una décima parte de lo que recibes de mi bolsillo. ¿Por qué sigues?

—¿Hemos de tener esta conversación de nuevo, padre? Sabe perfectamente que no se trata del dinero, sino de vivir aventuras.

Sonrió con indolencia, volviendo sin problemas a su papel de aristócrata, vistiendo la fachada que tan escrupulosamente había llevado puesta durante toda su vida. Por supuesto, no se trataba solo de las aventuras, sino de intentar aportar algo a la sociedad, a cambio de los privilegios que conllevaba pertenecer a su clase social. Y servir a su país.

Nobles ideales, los suyos, que a pesar de todo habían sobrevivido al frío invernal y al caluroso verano pasado bajo el cielo de Grecia. O sobre la cubierta de la chalupa, sobre un mar Adriático embravecido.

—¿Y no has tenido bastantes? Llevas tres años así. ¿Cuándo vas a sentar

la cabeza? Tengo unos hijos que son unos completos inútiles a la hora de cumplir con las obligaciones que conlleva su linaje.

—¿Trevor sigue negándose a casarse, y por eso vuelca su mal humor en mí? Debería haberme ido a un hotel —masculló.

—No seas insolente.

—Disculpad, padre, —se levantó del sillón y dejó el vaso sobre la repisa de la chimenea—, pero ha sido un viaje largo, estoy cansado y tengo más deseos de dormir que de cenar. Buenas noches.

—¿Ni siquiera preguntas por tu hermano?

—Por sus palabras deduzco que está bien, que sigue negándose a casarse y a darle el heredero que tanto ansía. ¿Hay algo más que deba saber?

Los ojos de lord Blackmoore refulgieron con rabia contenida. Apretó los labios y tensó levemente la mandíbula. Esos fueron los únicos signos externos de su estado de ánimo. A veces, Logan deseaba desesperadamente que sufriera un estallido de ira. Eso sería mucho más satisfactorio que ver su frialdad, porque le diría que su padre, a pesar de todo, tenía corazón y sentimientos.

Salió de allí y fue directo a su dormitorio. William estaba esperándolo para ayudarlo a desvestirse. Tenía preparada la ropa para bajar a cenar, pulcramente cepillada y planchada.

—No voy a bajar a cenar. Que me suban unas tostadas y un té.

—La cocinera se sentirá defraudada, señor. Le ha hecho su plato preferido.

—De acuerdo —suspiró—, súbeme un poco, pero nada más. No tengo hambre.

—Sí, señor.

—Y mañana quiero partir hacia Chesire Manor, lo más temprano posible.

—Avisaré al cochero, señor. ¿Quiere llevar mucho equipaje?

—Lo justo, William.

—Equipaje austero, sí, señor. ¿A las ocho de la mañana, le parece bien?

—Me parece perfecto.

A las cuatro de la madrugada, lo despertó un ruido que provenía del pasillo. Se levantó y encendió el candil para asomarse a ver qué pasaba. Una risa de borracho, inconfundible, le hizo sonreír con tristeza.

Trevor.

Su hermano intentaba llegar hasta su dormitorio sin apenas tenerse en pie.

El lacayo que le había abierto la puerta aquella misma tarde, estaba intentando ayudarlo, pero Trevor era demasiado corpulento para él. Se acercó, cogió su brazo para pasárselo por los hombros, y lo agarró por la cintura. Él lo miró, con los ojos vidriosos.

—¡Logan! ¿Estás en casa o eres una alucinación?

—Por tu propia seguridad, espero ser real. —Trevor se rio estúpidamente por la broma—. Yo me ocupo de él, tú puedes irte a la cama —le dijo al lacayo, que le dio las gracias muy aliviado y se retiró sin pensárselo ni un instante.

—¿Cuándo has llegado?

Su voz era pastosa y a Logan le hubiera costado entenderlo si, desafortunadamente, no estuviera ya demasiado acostumbrado a verlo así.

—Esta misma tarde.

—¿Y cuánto tiempo vas a quedarte? Mañana has de venirte conmigo y los muchachos. ¡Nos lo pasaremos en grande!

Logan abrió la puerta del dormitorio de Trevor y lo llevó hacia adentro. Lo dejó caer sobre la cama y sacudió la cabeza cuando le oyó dejar ir un «¡uf!» angustiado.

—¿Quieres vomitar?

Cogió el bacín de detrás del biombo y ayudó a Trevor a incorporarse. Su hermano vació el estómago sin pudor, riéndose absurdamente entre arcada y arcada. Cuando pareció terminar, le llevó un vaso de agua.

—Aclárate la boca.

Trevor hizo gárgaras y escupió el agua en el bacín, para dejarse caer hacia atrás en cuanto terminó, y empezar a roncar como un descosido.

—Maldita sea, Trevor —murmuró Logan, con el corazón encogido al ver a su hermano en ese estado.

Le quitó los zapatos, la chaqueta entallada, y lo tapó con las mantas. Después se miró el batín que se había puesto antes de salir de su dormitorio y arrugó el entrecejo.

Estaba manchado.

Suspiró con resignación, miró a su hermano con tristeza de nuevo, y abandonó la habitación, cerrando la puerta con cuidado, para dirigirse a su propio dormitorio.

Al día siguiente no se iría tan temprano como esperaba. Antes, debía tener una seria conversación con Trevor.

La seducción de lady Margueritte

Londres, primavera de 1920.

Lady Margueritte Atwood caminaba cerca de la orilla del Serpentine. Tenía una mirada soñadora y dejaba ir pequeños y delicados suspiros. El mozo de cuadra que la había acompañado se mantenía detrás de ella sujetando ambos caballos.

Eran las nueve de la mañana, una hora temprana en la que Hyde Park todavía no se había abarrotado de gente. El aire fresco había levantado la niebla y el sol lucía espléndido en el cielo.

A lo lejos, oyó el galopar de un caballo. Se giró, anhelante, para observar al jinete que se acercaba. Lord Thomas Mengold tenía una estampa gallarda montado sobre el corcel. La saludó llevándose una mano al sombrero antes de descabalgarse de un solo salto.

—Lady Margueritte, es un placer volver a verla.

—Milord —correspondió ella, mostrándole una sonrisa tímida.

—Hace un día magnífico para pasear por Hyde Park, ¿no cree?

—Desde luego. Hay que aprovechar los pocos ratos en que el sol se digna visitarnos.

—Estoy completamente de acuerdo. ¿Me permite que la acompañe? Sería un honor disfrutar del sol al lado de una estrella rutilante como usted.

El rubor cubrió las mejillas de Margueritte. Thomas siempre la adulaba con frases de ese estilo que la hacían sentirse como una princesa de cuento.

Delante del mozo disimularon, haciendo ver que se encontraban por casualidad, cuando la verdad era que se habían citado la noche anterior, durante la velada musical en casa de la condesa de Rumington.

Desde la noche en que se habían conocido, hacía una semana, Thomas la buscaba en todos los eventos a los que acudía, bailaba con ella dos piezas, la lisonjeaba con palabras dulces, y después se marchaba al salón de juegos, asegurándole que pasaría las siguientes horas contando los minutos hasta poder verla de nuevo.

Hasta el día anterior, en que le propuso una cita clandestina en el parque, por la mañana, que ella aceptó encantada. Quería verlo fuera de las fiestas y las reuniones sociales, en un ambiente más relajado, para poder mantener con él una conversación menos mundana. Quería llegar a conocerlo bien, saber de su vida, de sus gustos y aficiones, porque temía que se había enamorado sin

saber apenas nada de él.

—Chico, ¿por qué no vas a pasear a los caballos un rato? —le preguntó al mozo.

—Lady Stirling no quiere que deje sola a milady.

—No la dejas sola, está conmigo. Yo cuidaré de ella, no te preocupes. Toma, por las molestias. —Le lanzó una moneda que el mozo cogió al vuelo. La miró, sorprendido, y mostró una sonrisa muy conforme.

—Por supuesto, milord.

—Vuelve aquí dentro de una hora.

—No sé si esto está bien, Thomas —murmuró Margueritte, viendo marchar al mozo—. Si alguien nos ve...

—No te preocupes, sirena. Nadie nos verá. Ven.

La cogió de la mano y echó a caminar con rapidez hacia el grupo de árboles más cercano. Margueritte tuvo que acelerar el paso hasta casi correr, agarrándose las faldas del vestido de montar, para poder seguirle el paso. Cuando estuvieron a resguardo de miradas indiscretas, Thomas la abrazó y la besó con desesperación.

Margueritte, que nunca antes había sido besada, se sintió mortificada por la invasión de aquella lengua que no paraba quieta dentro de su boca. La aceptó con sorpresa y timidez, abriendo mucho los ojos, muerta de curiosidad por la extraña sensación que estaba produciendo en su cuerpo.

—Mueve la lengua también, querida. Haz que choque contra la mía —le susurró Thomas con un gemido ronco—. Y cierra los ojos y déjate llevar por las sensaciones. Así disfrutarás.

Margueritte le hizo caso. Cerró los ojos y se perdió en las caricias y las emociones.

Aquel era un beso carnal que no tenía nada que ver con el beso en la mejilla que su tía le daba cada noche. Era un beso que hacía que su piel temblara y que las piernas le flaquearan. Y las manos de Thomas, que se deslizaron por su espalda hasta acabar sobre las nalgas, lograron que se sintiera mareada y algo escandalizada.

—Thomas, no, por favor —murmuró cuando él abandonó su boca para empezar a besarle el cuello—. Estamos en plena calle.

—Margueritte, mi dulce sirena, haces que me vuelva loco de deseo —gimió en su oído antes de darle un leve mordisco en la oreja—. No como, no duermo, y todo por tu culpa. Me consume el deseo.

Le puso una mano sobre el pecho y lo acarició. El pezón se endureció a

pesar de las capas interminables de ropa que lo ocultaban.

—Thomas, esto no es decente —musitó con voz queda. Quería que parara porque aquello no estaba bien, pero su cuerpo traicionero le estaba exigiendo más.

—Lo sé, lo sé. —Se apartó unos centímetros y la cogió por los hombros. La miraba con determinación, los ojos brillantes y decididos, como si... como si estuviese muerto de hambre y ella fuese un plato succulento y apetitoso—. Un caballero no debería comportarse como lo estoy haciendo, pero no puedo remediarlo, amor mío. Me consume la impaciencia por hacerte mía. Tengo miedo de que conozcas a otro caballero y decidas que no soy lo bastante bueno para ti.

Parecía verdaderamente atormentado, incluso el dolor era patente en el rictus de sus labios, o en la fuerza con que apretaba sus hombros. Había desesperación allí, y Margueritte alzó la mano para poder acariciarle el rostro con toda la ternura de la que fue capaz.

—Ningún otro caballero ocupará jamás tu lugar, Thomas. Lo eres todo para mí.

—¿En serio? —exclamó. Su rostro se transformó, exultante de alegría—. Entonces, ¿aceptarás casarte conmigo cuando llegue el momento?

—¿Casarnos? ¿De verdad?

—Por supuesto, sirena mía. Pero antes debo convencer a mis padres. Mi padre es muy rígido con estas cuestiones, y mi madre... Bueno, mi madre piensa que soy un premio y que solo una princesa estaría a mi altura. Pero los convenceré, lo sé. Porque te amo con locura.

—Yo también te amo, Thomas. Y no me importa esperar por ti.

—No sabes lo feliz que me haces, amor mío.

Volvió a besarla, apretándola contra su cuerpo, invadiendo su boca con promiscuidad, haciendo que sus lenguas jugaran hasta que jadearon uno en la boca del otro. Thomas se apartó levemente y un rictus de dolor cruzó su rostro.

—¿Qué ocurre, mi amor? —le preguntó Margueritte, con toda la inocencia del mundo.

—Nada, sirena. Nada que deba preocuparte.

—Pero... parece que sientes un gran dolor.

—Es el precio que he de pagar por no hacerte pecar. Nada más.

—¿El precio, por qué pecado? No te entiendo, Thomas.

—Por supuesto que no lo sabes —susurro, dedicándole una sonrisa tierna

—. Eres inocente, no sabes nada del pecado y el precio que debe pagar un hombre por contener sus instintos. Y es una de las cosas que más me han enamorado de ti.

—Cuéntamelo, por favor.

—No. Quiero que sigas siendo pura e inocente, mi amor.

—No. Si vamos a casarnos, no quiero que haya secretos entre nosotros. Odio los secretos más que a nada en este mundo.

—No está bien que una jovencita tan pura e inocente como tú, albergue en su corazón un sentimiento tan oscuro como el odio.

—Lo sé. —Se echó en sus brazos sin pudor, rodeándole la cintura con los brazos y apoyando el rostro en su pecho—. Pero no puedo evitarlo.

No podía, ciertamente. Había habido demasiados secretos en su vida, en el pasado. Y seguía habiéndolos. Todos creían que ella no lo sabía, que no recordaba el cuento que le contaba su madre cuando era pequeña, sobre una dama que había amado a un príncipe, con el que había tenido una hija llamada Margueritte, como ella, y lo desolada que quedó aquella dama cuando el príncipe tuvo que partir, abandonándola a su suerte.

O cuando su madre desapareció una noche, llevándose su ropa y sus joyas; al día siguiente, su padre le dijo que había muerto, y al cabo de pocos días, asistió a su funeral. Pero ella sabía que no se había muerto; lo intuyó al principio, porque la había visto salir por la puerta de la mansión, escondida entre los barrotes en lo alto de la escalera; y lo supo con certeza después, cuando su padre empezó a beber demasiado y, enfadado, gritaba llamándola maldita adúltera, deseándole una muerte lenta y dolorosa. ¿Cómo podía desearle la muerte a una persona que ya lo estaba? No era lógico.

Todo el mundo le ocultaba cosas, incluso el secreto de su nacimiento. Porque Margueritte sabía que su padre no era su padre, que su verdadero progenitor era un príncipe, como la niña del cuento. Si hubiese sido su hija de verdad, el conde no la habría apartado de su lado aquella noche en que estaba tan borracho en que casi se cae por la escalera.

Aquella noche había vuelto a escaparse de su dormitorio para esconderse y observar a escondidas, en el mismo lugar desde el que había visto irse a su madre. Iba allí a menudo, con la esperanza de ser la primera en verla regresar, porque cuando eso sucediera, bajaría corriendo los escalones para echarse a sus brazos y rogarle que no volviera a abandonarla nunca más.

Pero a quién vio, fue a su padre llegar borracho como una cuba, tirar el gabán, el sombrero de copa y el bastón en el suelo antes de subir agarrado a

la barandilla, encorvado como un viejo, refunfuñando y maldiciendo. Cuando llegó arriba del todo, trastabilló, y ella salió corriendo de su escondite para agarrarlo y evitar que cayera. Él la apartó de una patada, tirándola contra la pared, rompiéndole dos costillas. Empezó a llorar con fuerza, horrorizada, dolorida y atónita a partes iguales, hasta que él le gritó: «¡¡cierra el pico, maldita bastarda del demonio!!».

Tenía diez años y, aunque no sabía el significado de aquella palabra, lo descubrió poco tiempo después, cuando su padre ya estaba enfermo y le quedaba poco tiempo en esta vida.

Secretos. Los secretos habían convertido su vida en una pesadilla, y no los quería en su futuro. Por eso insistió hasta que Thomas accedió, a regañadientes, a contarle qué era lo que le pasaba.

—Dame tu mano —le exigió, un tanto hosco. Cuando ella se la ofreció, la agarró y le hizo tocar el bulto que tenía en la entrepierna—. Esto es lo que duele, ya que tanto quieres saberlo. Cuando te toco, cuando aspiro tu aroma, cuando te beso, esto que está entre mis piernas se hincha dolorosamente. Solo hay una manera de hacer que deje de dolerme, pero no puedo pedirte que lo hagas.

—No lo entiendo... —susurró—. Si te duele acercarte a mí, ¿por qué lo haces?

—¿Por qué se acerca la polilla a la llama que va a consumirla? Porque no puede evitarlo, no puede escapar a su naturaleza. Tu eres la llama en la que me consumo, amor mío, y acepto de buen grado esta tortura si a cambio puedo disfrutar de tus besos.

—¿Y..? ¿Y de qué manera puedo ayudarte?

—No puedes.

—¡No mientas! Hace un momento has dicho que no puedes pedirme que lo haga, así que quiere decir que hay algo que yo puedo hacer.

—Escúchame, sirena: no puedo pedirle a una muchacha como tú que haga el trabajo de una prostituta. No sería ético, ni moral, ni propio de un caballero. No te preocupes. Hallaré la manera de aliviarme por mi cuenta.

—¿Con otra... con una... una prostituta? —preguntó con un hilo de voz, escandalizada y con el resquemor de los celos ardiéndole en las entrañas.

—Cielo mío —susurró contra su boca. Había posado las manos en sus mejillas, y ahora le mantenía el rostro sujeto con firmeza pero con delicadeza —, ¿acaso quieres que padezca este horrible dolor hasta que podamos casarnos?

—¡Claro que no! Pero tampoco quiero que vayas con otra mujer para que te alivie. Quiero ser yo quien lo haga.

—Sirena... —suspiró—. No puedes hablar en serio. Una dama decente jamás haría algo así.

—Entonces, quizá no soy tan decente como aparento. O quizá lo indecente es dejarte sufrir así, si yo tengo el remedio.

—No, no, no puedo aceptar. Un caballero no haría algo así.

—Olvídate de ser un caballero, y olvídate que yo soy una dama. Dime que debo hacer.

—No, no aquí, y no ahora. El mozo volverá en seguida. ¿Estás segura de esto?

—Te amo, Thomas. Por supuesto que estoy segura.

—Creo que me he vuelto loco, porque voy a aceptar. Sí. Escúchame, esta noche...

Aquella noche, Margueritte se excusó con una mentira para evitar ir a la velada musical que tenían programada. Lady Stirling lo lamentó mucho, y la envió a la cama temprano, después de obligarla a tomar una cena ligera.

Margueritte no tenía hambre. Estaba muy nerviosa porque no estaba segura de la decisión que había tomado, aunque sabía que no podía echarse atrás. Se volvía loca de celos con la sola idea de que Thomas buscara a otra mujer para que le hiciera... lo que fuese que los hombres hacían con las mujeres para aliviar su dolor. Algo que a ella nunca le había explicado nadie. Tenía miedo de no estar a la altura, de que no sirviera para ello y que Thomas se enfadara.

Comió las tostadas, y bebió el té, bajo la atenta mirada de Lady Stirling.

—Lo siento mucho, querida. Espero que comprendas que yo no puedo faltar a esta velada.

—Por supuesto que lo entiendo, lady Stirling.

La velada era en casa de una de sus hijas, casada hacía poco con un barón. Era el primer evento que celebraba en la mansión que su marido había alquilado en Mayfair para la temporada.

—Mi querida niña ha trabajado mucho para que todo sea un éxito, ¿qué pensaría la sociedad si su propia madre no asistiera?

—No os preocupéis por mí, lady Stirling, de verdad. Es una simple jaqueca. Solo necesito descansar y dormir.

—Sí. Estos días han sido muy ajetreados, ¿verdad? Has estado

resplandeciente en todas las fiestas, y tienes toda una cohorte de admiradores. Aunque he de admitir que me preocupa mucho que Thomas Mengold te ronde tan descaradamente. Espero que me hayas hecho caso y que no le hayas dado pie a que se toma ninguna libertad. Es un canalla, Margueritte.

Su tía se lo había advertido la primera noche que bailó con él, la misma en que habían sido presentados. Después de eso había oído rumores pero, ¿acaso debía hacerles caso? Thomas era un caballero, e hijo de un duque, además de muy apuesto y varonil a pesar de su rostro casi femenino. Estaba segura de que todo lo que decían de él, eran mentiras nacidas de la envidia.

—No os preocupéis, tía. Aquí estoy a salvo de él, ¿verdad? —bromeó.

—Tienes razón. Buenas noches, Margueritte.

—Buenas noches, tía.

Se metió en la cama, dispuesta a esperar. El plan era sencillo. Después de que su tía se marchase, saldría al jardín. Si algún criado la veía, se excusaría diciendo que necesitaba un poco de aire fresco porque no podía dormir, y que quizá este la ayudaría con la jaqueca. En el callejón de atrás, donde estaba la vieja verja que ya nadie utilizaba, la esperaría Thomas con su carruaje para llevarla al lugar de su encuentro clandestino y donde podría hacer aquello que se esperaba de ella.

¿A dónde la llevaría? ¿A su piso de soltero? Probablemente. Allí disfrutaría libremente de sus caricias y sus besos y, después, la traería de vuelta antes del regreso de su tía.

Todo salió a la perfección. Cuando el ruido en la casa desapareció, lo que indicaba que todo el mundo se había retirado a descansar excepto el lacayo que se ocupaba de vigilar la puerta principal, se puso el único vestido que tenía que se abrochaba por delante. Sin llevar el corsé, se sentía una impúdica descarada, pero también muy excitada por la aventura que estaba emprendiendo. Salió al jardín a hurtadillas sin encontrarse con nadie y, tal y como le había prometido, Thomas la estaba esperando en el callejón.

—Has venido, mi sirena —exclamó, asombrado, en un susurro.

—Por supuesto.

La ayudó a subir al carruaje y, una vez dentro, la besó con pasión.

—Estás helada. Toma, bebe.

Le ofreció una botella metálica que olía a alcohol. Margueritte la olió y arrugó los labios en un mohín de disgusto.

—Huele muy mal.

—Y sabe peor, pero te ayudará a entrar en calor y te quitará los nervios.

—Pero es que... no estoy acostumbrada al alcohol, y sé que hace daño a las personas. Tú tampoco deberías beber.

—Mi dulce sirena, siempre preocupándose por mi bienestar. Solo un pequeño trago, ¿o es que no confías en mí?

—Por supuesto que confío en ti. No me habría escapado de casa y estaría aquí, contigo, si no lo hiciera.

—Pues demuéstramelo. Bebe, mi amor. Te prometo que te hará bien.

Margueritte bebió. Era un líquido ardiente y muy fuerte, que le dejó la lengua y la garganta doloridas, pero se forzó a sonreír al devolverle la petaca.

Él aprovechó para acariciarle la mano y llevársela a la boca, para depositar un beso en la palma.

—Eres tan hermosa —susurró contra su oído, y ella se estremeció, a pesar que empezaba a sentirse lánguida, como si flotara.

—Thomas... —susurró cuando él empezó a acariciarle un pecho—. Aquí no, por favor...

Thomas miró a los ojos a la dulce palomita, y sonrió, ladino. Ya tenía la mirada vidriosa a causa del láudano, y el cuerpo relajado. Le había dado la dosis justa para que se tranquilizara pero para que no se durmiera. No quería copular con una mujer inconsciente. Quería que ella fuera consciente durante todo el rato, pero que no fuese capaz de oponer resistencia. No es que necesitara las cien guineas, pero no le gustaba perder una apuesta; por eso, se había asegurado que ella no fuera capaz de echarse atrás, sobre todo, cuando fuera consciente de la presencia de Robert en la habitación que había reservado en casa de Madame Guinart.

No le había costado nada seducirla. Tenía un don, el de saber lo que anhelaba cada mujer en especial; por eso tenía tanto éxito entre las damas, porque siempre era capaz de proporcionárselo. Solo necesitó hablar con la palomita un par de veces para descubrir que ansiaba sentirse amada y necesitada, y puso en marcha el plan que los llevó hasta Hyde Park.

Casi se rio cuando ella se creyó todo el cuento. La manipuló fácilmente con mentiras sin tener cargo de conciencia. Sabía qué teclas tocar para que ella reaccionara como lo hizo, accediendo a entregarse a él. El cuento del sufrimiento y la amenaza velada de irse con otra para que se lo aliviara, despertando así su culpabilidad y la necesidad de satisfacerlo, y los celos, habían funcionado a la maravilla. Eso, unido a la confesión de que estaba terriblemente enamorado de ella, la habían convencido a ofrecerse a hacer

algo que, de otra manera, jamás hubiese aceptado. Además, había sido idea de ella, ¿no? Él ni siquiera se lo había pedido.

¿Acaso era culpa suya que hubiesen llevado a Londres a aquella belleza para soltarla ante un lobo como él, sin haberla precavido contra los hombres? Alguien debería haberse ocupado de quitarle de la cabeza esas historias románticas, y abrirle los ojos a la realidad. Pero nadie lo había hecho, y él se iba a aprovechar de ello. Y, de paso, ganaría cien guineas que nunca estaban de más.

Cuando llegaron a casa de Madame Guinart, la ayudó a bajarse del carruaje. La cogió por la cintura porque parecía que sus piernas no eran capaces de soportarla, aunque tenía los ojos abiertos y una dulce sonrisa en los labios.

Dios, cuánto iba a divertirse aquella noche. Iba a ser memorable.

Aquí termina la primera parte del folletín *La dama de Blackmoore*, de Eleonora Crane.

Si os ha gustado, agradeceríamos enormemente que dejarais un comentario en Amazon para animar a otras lectoras.

La segunda entrega estará disponible en Amazon, en Kindle y en Kindle Unlimited, el próximo viernes 24 de noviembre.

¿Qué le habrá pasado a lady Margueritte en la casa de madame Guinart? ¿Qué consecuencias acarreará su aventura nocturna?

Cuando Logan Withcombe ve por primera vez a la hermana de su mejor amigo, no puede dar crédito a sus ojos. La niña que él recordaba ha desaparecido para dar paso a una belleza etérea, una mujer hermosa con el alma de un ángel; una mujer por la cual sería capaz de dejar su vida de aventuras y olvidar sus obligaciones hacia su país.

Pero lady Margueritte esconde un terrible secreto que puede destruir su corazón.